

LA SEÑORA PETIRROJO

Un tibio y resplandeciente sol hacía brillar las vías del ferrocarril como si fuesen de plata. Muchas flores y pimpollos primaverales crecían en los campos que bordeaban las vías, y dos niñas que volvían a casa, de la escuela, se detuvieron para juntar unas flores. Un lento tren de carga pasó ruidosamente cerca de ellas, y nuestras amiguitas lo saludaron levantando las manos.

Juan West, un joven guardatrén, de pie en el último vagón miraba el paisaje por la puerta abierta. El joven vio a las dos niñas que saludaban al tren, y levantando un brazo les devolvió el saludo. Fue entonces cuando vio un puntito en el cielo que poco a poco se fue agrandando. ¿Qué podía ser? Observó por un momento y luego se dirigió a su amigo, Roy Jones, quien estaba ocupado en el interior del vagón limpiando unos faroles:

-¡Mira, Roy, hay un pájaro que nos persigue!

Roy trabajaba como guardafrenos de ese tren, y dejando a un lado una de las lámparas que estaba limpiando, salió a la plataforma y sus ojos se abrieron por la sorpresa.

-¡Parece un petirrojo! -dijo- Pero, ¿qué querrá ese pájaro con el tren? ¿Por qué querrá correr una carrera?

Juan sacudió su cabeza pensativamente.

-Yo no sé -dijo-, pero lo voy a averiguar.

El pájaro voló hacia uno de los vagones y se posó sobre el techo, donde quedó un momento. Luego volvió a emprender vuelo, describió varios círculos sobre el mismo vagón y volvió a posarse sobre el techo.

Mientras tanto el tren seguía su marcha lenta pero constante. El pájaro siguió volando en círculos y posándose de a ratos sobre el techo del vagón, hasta que el tren paró en una estación.

No bien hubo parado el tren, Roy y Juan se bajaron de su tarima y caminaron hasta el vagón donde el petirrojo se había asentado. Era el vagón de carga N° 1270, y sus puertas estaban herméticamente cerradas. El ave volaba en círculos alrededor de la puerta y haciendo ruido como indicando que quería entrar.

-Me parece que sé lo que pasa -dijo Juan.

Sacó una llave de un bolsillo de su mameluco azul y abrió inmediatamente el candado, después de lo cual abrió la puerta del vagón lo suficiente como para mirar adentro. Se oyó un aleteo vigoroso y el ave voló por encima de su cabeza, entrando en el vagón. El petirrojo inmediatamente se dirigió a un rincón del vagón.

Mientras tanto Juan escuchaba con atención. Muy pronto oyó un coro de agudas vocécitas que se parecían mucho a la voz de pequeños petirrojos que con sus picos abiertos reclamaban la comida.

-¡Conque así es la cosa! ¿eh? ---exclamó sonriente- La señora petirrojo construyó el nido y empolló sus huevos mientras el vagón estaba estacionado en un desvío. ¿Cómo se las arreglará para alimentar a sus pichones si tiene que pasarse todo el tiempo corriendo carreras con el tren?

-Es imposible -dijo Roy-, y se van a morir de hambre. No podemos detener el tren lo suficiente como para que escarbe y busque gusanos y lombrices con qué alimentar a su familia.

-Tienes razón -dijo Juan-, pero ¡tengo una idea!

Al decir esto, Juan se encaminó al edificio principal de la estación. Tomando un trozo de papel escribió unas palabras, firmó su nombre, Juan West, y lo entregó al jefe de la estación, diciéndole:

-Envíe Ud. este telegrama lo antes posible a la estación de White Cloud. -Así lo haré -dijo el jefe. White Cloud era la próxima estación donde el tren debía parar.

El telegrama de Juan decía lo siguiente:

"En el vagón N° 1270 de nuestro tren hay un nido de petirrojos. Por favor, tengan lista para cuando lleguemos una buena cantidad de lombrices. Mamá petirrojo las necesita".

Cuando el ruidoso tren de carga entró a la estación de White Cloud en la plataforma lo esperaba una lata llena de lombrices. También había un grupo de gente mayormente compuesto por niños y niñas acompañados de algunos adultos. Habían recibido la noticia y querían ver el nido.

Juan les contó el incidente, luego abrió la puerta del vagón donde estaba la mamá petirrojo, teniendo cuidado de abrir sólo lo suficiente como para introducir la lata con las lombrices. Explicó a los niños que no debían acercarse a ese vagón porque asustarían a la mamá. Además el tren tenía que seguir viaje muy pronto. Y así fue, pues en pocos momentos el tren emprendió su marcha.

La siguiente parada fue un pueblo llamado Big Rapids, en cuya estación también había una multitud esperando el tren y también una lata de lombrices para la señora petirrojo. Los telegrafistas de las estaciones enviaron los mensajes a lo largo de toda la línea, y en cada estación donde paraba el tren Juan y Roy se encontraban con mucha gente trayendo más lombrices.

-Tenemos suficientes lombrices como para alimentar a dos docenas de pájaros durante una semana -dijo riéndose Juan-. Sin embargo, en cada estación agradecía atentamente a la gente que traía las lombrices. Por fin el tren llegó al final de su viaje, en el pueblo de Saginaw, del estado de Michigan, Estados Unidos. El nido de petirrojos y las latas de lombrices todavía estaba en el vagón. Cuando Juan bajó del tren, un hombre lo llamó:

-Juancito, el jefe te quiere ver.

Juan se dirigió a la oficina del Sr. Murray, abrió la puerta y entró. -Tome asiento -dijo el Sr. Murray, y Juan obedeció. -Joven --dijo el jefe-, esta compañía ferroviaria le paga a Ud. para que actúe como guardatrén y no para que se dedique a cuidar pájaros. ¿Tiene Ud. alguna explicación que darme?

Estas palabras entristecieron mucho a Juan, quien con su gorra en la mano sólo atinó a decir:

-No tengo nada que decir, señor, sino que una hembra de petirrojo había hecho su nido en mi tren y había empollado sus huevos y que ahora tiene pichones. Quiero pedirle a Ud., Sr. Murray, que deje estacionado ese vagón en un desvío hasta que los pichones puedan volar.

-¿Ud. viene aquí a pedir eso?

-Sí, señor.

Una afable sonrisa se dibujó en los labios del Sr. Murray, y luego estalló en carcajadas.

-Juan -le dijo--, se me ocurre que Ud. no ha leído la orden del día que acabamos de colocar en el tablero.

-No, señor Murray, no la he leído.

-Bueno, vaya y léala. Eso es todo.

El joven guardatrén, salió un poco confundido y se dirigió al tablero para leer lo que le habían indicado.

Luego, una amplia sonrisa se dibujó en su rostro, pues la orden decía:

"A todos los ferroviarios: "El vagón de carga No. 1270 debe ser colocado inmediatamente en un desvío.

Tómese especial cuidado de no molestar a la familia petirrojo. Este vagón quedará en el desvío mientras las aves permanezcan en el nido.

Muchas gracias al guardatrén Juan West y al guarda-frenos Roy Jones, por haber sido tan bondadosos con las aves. Sus acciones de hoy han contribuido mucho en favor de la buena voluntad del público para con la compañía ferroviaria".

Arturo J. Murray Jefe regional.

Todo esto sucedió en el estado de Michigan, en un hermoso día de primavera, hace ya muchos años. La Sra. Petirrojo se dio un lindo paseo en tren juntamente con sus bebés. Hoy, en el pueblo de Saginaw, cuando los obreros encuentran algunos huevos de color celeste en la propiedad de la compañía ferroviaria, todos opinan que esos huevos fueron puestos por algún pájaro descendiente de los petirrojos que viajaron en el tren de Juan West.